

**INSTITUTO DE CIENCIA MARY BAKER EDDY  
Presenta:**

*(traducción Libre)*

Agosto 27, del 2007 Tema: **CRISTO JESÚS.**

La selección de esta semana está tomada de una serie de folletos titulados: – **SIN PARÁBOLAS**, por Clifford Stamp & Rosalie Maas

### **El tesoro escondido (Mat 13:44)**

“Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo”.

El campo es el mundo, y Jesús dijo en su explicación de la parábola del trigo y la cizaña, y en la del tesoro escondido en ese campo, que es el Principio expresado en sus diferentes aspectos, tales como Vida, Verdad y Amor.

Encontramos nuestras herramientas o lentes, nuestros ojos para discernir los tesoros, en el santuario de nuestra comunión con el Principio, donde aprendemos del Principio, pero los tesoros los hallamos en el campo. Jesús tenía los medios, las herramientas, y el discernimiento espiritual, pero fue en el campo que tenía el gozo de él, en la viuda y su ofrenda, en el centurión, en la mujer cananea, en Pedro y en los demás discípulos, en los niños; todo era maravilloso para él. Todo su mundo estaba vivo con su Dios, dondequiera, en los lirios del campo, en el gorrión, en todo.

Fue maravilloso para él, ver a la mujer poniendo su ofrenda, y exclamó a los discípulos que ella había echado “más que todos los que han echado en el arca” (Marc. 12:43). Él vio que el tesoro que ella tenía fue un abandono del yo y del egoísmo al poner “su todo terrenal sobre el altar de la Ciencia divina” (C&S 55:26). Su tesoro fue su respuesta natural y total hacia ese Principio que siempre está dando todo al hombre. Ningún principio en ningún lado, retiene o niega una jota de bien del hombre, sino lo satisface con abundancia ilimitada. Así el Maestro no sólo vio una maravillosa mujer, sino una maravillosa

expresión del Principio; no sólo alguien que había dado todo cuanto tenía a la acuñación terrenal, sino alguien que había permitido que la esplendidez del Principio fluyera a través de ella. No había renunciado a nada, sino había respondido de alguna manera, que le dio todo, porque se volvió la expresión del propio Principio; y este es el único hombre verdadero.

El Maestro vio también la magnificencia del centurión (véase Luc. 7:1-10). Este hombre había reconocido que él (Jesús), estaba actuando bajo un poder que no podía ser desafiado, tal como él también actuaba cuando daba órdenes a sus soldados con la misma expectación de incuestionable obediencia. El centurión dio órdenes no para contender con alguna oposición, sino en completa expectación de consentimiento, que detallaba la armonía y el orden de su propia esfera de acción. Él vivía en un reino de símbolos particulares y vio que Jesús vivía, se movía y tenía su ser en un reino superior de bondad natural y espiritual. Así Jesús se “maravilló” de él, y dijo: “Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe, (tan clara comprensión de la realidad y de lo que implica)” (Luc. 7:9).

De nuevo con la mujer cananea, no sólo vio una intrépida humildad, sino una conciencia convencida de que nada podía separarla de la recepción y expresión de la Verdad. Cuando primero clamó a él por ayuda para su hija que estaba “gravemente atormentada por un demonio”, Jesús no le respondió una palabra. Cuando respondió, debido a que sus discípulos querían que se fuera dado que daba voces tras de ellos, dijo: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”. Aun así vino y postrándose a sus pies, le rogaba: “¡Señor, socórreme!”. Su respuesta fue: “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos”, a lo que ella respondió: “Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”. Era como si ella estuviera diciendo: *Amo lo que enseñas, y aunque te reservas el propósito superior de esa enseñanza para los de tu raza (que tienen todo el derecho a ello), debido a que amo lo que dices, las migajas de consuelo que caen de tu mente que voy a recibir, tendrán la misma potencia que el propio alimento.* Eso se debió a que amaba lo que enseñaba, que era semejante al amor de un perro por su amo, pidiendo poco, pidiendo sólo lo que se le da, y por ello recibiendo mucho de las medidas de la espiritualidad, que no tienen relación con las medidas humanas. Ella vio la historia del Jesús humano por lo que representaba, la propia Verdad, y él se maravilló de su declaración, diciendo: “Oh mujer,

grande es tu fe; hágase contigo como quieres”. Su hija fue “sanada desde aquella hora”. En su interrelación con ella, hubo en Jesús una expresión fuera de los límites de su propia raza con sus enseñanzas provincianas, hacia la comprensión de lo que *omnipresencia* significa en su libertad para todos; y reconoció la maravilla de esto. (Véase Mat. 15:21-28)

Fue Pedro quien le mostró que él era el Cristo viviente, palpitante, y médico práctico, la roca de toda construcción; supo que era Dios quien estaba hablando a través de Pedro, y por eso le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mat. 16:17).

Estos fueron los tesoros que Jesús estaba constantemente hallando en el desarrollo de su conciencia de la totalidad de la presencia del único Ser. Es este reino espiritual el cual debemos esforzarnos por alcanzar para bautizar toda nuestra conciencia, porque este es el único tesoro, el tesoro del cielo. Este es el tesoro que podemos comprar si vendiéramos todas nuestras nociones preconcebidas de que hay algo más que el Principio y su propia expresión, esa expresión siendo ustedes y yo, toda la humanidad y el universo.

Este campo, esta conciencia abierta de armonía, está en todos lados, y por medio de la venta honrada de todas las demás opiniones, podemos cambiarla por aquella repentina comprensión que fue interpretada y delineada por Jesús en los motivos y las aspiraciones de la viuda, del centurión, de la mujer cananea, y en todas las declaraciones que escuchó por medio de Pedro.

Si caminamos con Dios, sólo hallaremos a los hijos de Dios y aumentaremos su felicidad tal como ellos incrementan la nuestra. El Principio sólo tiene que ser vivido y amado por cualquiera de nosotros para encontrar cómo se multiplica en sí mismo en nuestra experiencia y a cambio se refleja, tal como la luz hace la luz.

El estudio que hacemos nos da nuestras herramientas, pero debemos salir y utilizarlas. De nada nos sirve si tenemos un juego completo de herramientas pulidas en la caja de herramientas, y jamás las utilizamos con el propósito para el que fueron hechas. Es usándolas que aprendemos cómo penetrar la superficie material y hallar la causa espiritual, a la manera de Jesús (véase C&S 313:25). Juan, el discípulo amado, comprendió la necesidad de utilizar estas herramientas cuando escribió: “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su

hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (I Juan 4:20).

La Sra. Eddy nos comparte de su mundo y sus tesoros en el poema que se encuentra al inicio de *Escritos Misceláneos*:

*Si de materia los mundos fueran hechos  
Y del polvo, la humanidad,  
Hasta que el tiempo más oportuno terminara,  
No hay nada en qué confiar.*

*Decimos desde ahí a la evolución  
De la geología:  
Nada hemos ganado de ella,  
Y de ello nada hay que pedir.*

*Mi mundo del Espíritu ha surgido  
En el eterno día;  
Del cual, debo gloriarme más,  
Por el cual, mucho tengo que pagar.*

Ese poema muestra claramente que: no es en un mundo material que encontramos los tesoros escondidos, sino a pesar de la materia. Pronto podríamos ser engañados si mirásemos el mundo material para encontrar los tesoros. Pero si hemos “destruido al enemigo” de la creencia en un mundo material y tenemos la expectativa de ver la expresión de la Vida, la Verdad y el Amor, por medio de nuestra gratitud por la Vida, la Verdad y el Amor, entonces podemos “dejar el campo a Dios” (véase C&S 419:5); los símbolos caerán en su lugar y nos reflejarán a cambio y confirmarán para nosotros, todo cuanto sabemos de Dios, tal como todo respondía a Jesús de lo que ya sabía de Dios.

No hay materia, pero en todo a nuestro alrededor hay un lenguaje que podemos comprender y por medio del cual podemos escuchar la voz de Dios, el Principio. Estamos vivos; no nos hicimos a nosotros mismos así, pero ahí estamos. Somos inteligentes; pero, ¿cómo podría algún hombre o alguna forma material hacer el aliento y el ámbito de la inteligencia como opera por medio de nosotros, inteligencia que va más allá de la materia y la desafía continuamente? Somos amorosos; ningún hombre puede *hacer* al amor, sino que todos lo tienen. Para Jesús, el Principio hablaba a los hombres a través de todo en un lenguaje con el cual pudo reconocer su presencia. Él vio el

poder impulsor del Amor en su fluir hacia ellos y circundándolos con dichos símbolos, y por lo tanto quiso que todos los hallaran, los reconocieran y los valoraran.

Sabemos acerca del Maestro, a través de la Sra. Eddy, que: “Cuando él estaba con ellos, una barca de pesca se volvía un santuario, y la soledad se poblaba de santos mensajes del Padre que es Todo. La arboleda se convertía en un salón de clase, y los parajes de la naturaleza eran la universidad del Mesías” (Ret 91:24). Tenemos la oportunidad todavía de caminar con esa presencia del Cristo y contar con esa traslación del Cristo.

Cuando el hombre en la parábola, ha encontrado el tesoro, fue bastante sabio en esconderlo. La Sra. Eddy dice: “Los cristianos se regocijan en belleza y abundancia secretas, ocultas al mundo pero conocidas de Dios” (C&S 15:25). Ella vio el peligro de hablar demasiado acerca de lo que es muy sagrado y precioso para nosotros, antes de habérselo apropiado por medio de la demostración. Aun el ridículo puede cambiar nuestro propio pensamiento al respecto, tal como el hablarlo abiertamente. Por ello debemos atender lo que escribió ella: “La sabiduría de Jesús a menudo se evidenciaba no sólo en que se abstenía de declarar toda la verdad, sino en que también la declaraba. Esperaba quizás que el corazón humano estuviera preparado para recibir afirmaciones sorprendentes. Esta sabiduría, que caracterizaba sus dichos, no profetizó su muerte, de modo que ni la precipitó ni la consintió. Los discípulos y profetas impusieron puntos en controversia en mentes que no estaban preparadas para discutirlos. Esto les costó la vida, y, por un tiempo, la estimación del mundo; pero las profecías se cumplieron y sus móviles fueron premiados con desarrollo y con mayor comprensión espiritual, la cual perciben gradualmente los mortales” (Misc 83:27).

Hasta que no nos hagamos fuertes en la verdad, una verdad sólo captada y luego hablada prematuramente, puede ser devastadora para nosotros por los años de opiniones opuestas a la verdad. Hubo dieciocho años de actividades preparatorias de Jesús entre los doce y los treinta, durante los cuales no habló públicamente acerca de sus descubrimientos de la Verdad, hasta que las hubo probado a conciencia. Debió haber sido fuerte, porque sus enseñanzas eran contrarias a la ley mosaica de bondad, y él introdujo una forma de vida completamente nueva. La Sra. Eddy se aisló durante tres años luego que halló su tesoro de “la Vida en el Espíritu y del Espíritu; siendo esta Vida la única realidad de la existencia” (Misc 24:19). Como dice en el

poema anteriormente citado, ella vio que tenía mucho “por qué pagar”, por su nuevo mundo del Espíritu, en consagración a la Verdad, hasta que se apropió de ella y ya no estuvo adorándola más a la distancia. En ese momento estuvo a salvo. Necesitó estar fuerte en la Verdad porque había mucho opuesto a ella, y no era una senda sencilla.

Tenemos que vender o cambiar todos los otros métodos que utilizáramos alguna vez, y todos los conceptos que tuvimos alguna vez, sobre dónde y cómo, el reino de los cielos tenía que ser buscado. Sin eso no podemos comprar ni disfrutar ese reino como no estando “aquí”, sino “dentro”, dentro de las posibilidades presentes del hombre (véase C&S 573:13).

En ocasiones pensamos que sólo es nuestro estudio del Libro de Texto donde hallamos los verdaderos tesoros de la Ciencia Cristiana. Pero un libro de texto, en cualquier camino de la vida, provee de las herramientas con las cuales hallar su tema expresado en nuestra propia experiencia. Sólo para eso es que tenemos un libro de texto. Un libro de texto se despliega para decirnos qué es qué, qué hacer, y cómo hacerlo, pero sobre todo su mensaje es: “¡Sal y hazlo!” Alguien interesado en la cocina, pudiera abrir un libro de recetas y decir: *Oh, me encontré un verdadero tesoro en este platillo*, pero hasta que ese entusiasmo haya pasado a la cocina y haya convertido ese tesoro en la sustancia de la demostración, el tesoro no es nuestro; y lo mismo ocurre con nuestro estudio y nuestra comprensión en el santuario de la Ciencia.

En una ocasión Jesús envió a sus discípulos porque quería que ellos confirmaran lo que les había dicho. Volvieron con gozo porque la experiencia lo confirmó. Si tenemos ese sentido de nuestro Libro de Texto en la Ciencia Cristiana, de manera que lo que leamos se vuelva tan claro para nosotros que anhelemos salir y hallarlo en la experiencia verdadera, entonces será lo que está destinado a ser, un libro de texto sobre Ciencia Cristiana.

Lo que pudiera ser considerado como los diamantes del tesoro escondido en el campo, son a menudo hallados al practicar la habilidad de encontrar las joyas menores en todas las pequeñas expresiones de la vida diaria. Jesús hallaba tesoros cada vez que “veía en la Ciencia al hombre perfecto, que aparecía a él donde el hombre mortal y pecador aparece a los mortales. En ese hombre perfecto el Salvador veía la semejanza misma de Dios, y esa manera correcta de ver al hombre sanaba a los enfermos” (C&S 467:34). Al estudiar, podremos ver muy claramente la perfección del hombre

como la idea de Dios, y nos vamos a emocionar, pero digamos que salimos de la puerta de nuestro estudio y vemos un paralítico sanado por esa visión de la perfección del hombre, ¿no nos traería eso el verdadero tesoro de la comprensión? Generalmente no mantenemos nuestras visiones de la perfección. Es como si tuviéramos una pala que sacara una joya, pero luego la abandonáramos ahí. Juan dijo: “Aquello que... palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida... os anunciamos” (I Juan 1:1). Podríamos hallar joyas en nuestro estudio, pero nos las apropiamos sólo por medio de retenerlas y de encontrar su verdad en el “campo”.

“Ninguna duda debe interponerse entre la promesa y su consumación” (Misc 319:30), y nuestro trabajo es tratar con esa duda como la Oración del Señor indica: “Hágase tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra”, que la Sra. Eddy interpreta: “Capacítanos para saber que –como en el cielo [en el santuario de la comprensión pura], así también en la tierra [el lugar de la demostración de lo que hemos hallado], –Dios es omnipotente, supremo” (C&S 17:3). Debiéramos orar diariamente para ser capaces de saber, para que la promesa y la consumación se vuelvan una y esa pequeña palabra, “duda”, no permanezca en medio de ellas. Esta es la coincidencia de lo divino con lo humano que Jesús demostrara, y es practicada en todas las demás actividades relacionadas con cualquier forma de ciencia. Sólo una teología falsa se ha empeñado en destruir la naturalidad de esta práctica en cuanto a lo divino relacionado con lo humano. Jesús y los primeros cristianos, practicaban naturalmente con la misma facilidad que un buen cocinero practica en la cocina. Para un buen cocinero no se presenta ninguna duda entre la promesa y la consumación. Y para el Maestro no había duda alguna entre la comprensión de Dios, el bien, y la misma bondad siendo expresada delante de él. Cuando alcancemos ese estado de mente, seremos Científicos Cristianos naturales, como él lo fuera, y podremos alcanzarlo por medio de un crecimiento de los tesoros hallados. Todo cuanto él vio se edificaba, y confirmaba su seguridad de la omnipresencia de la Vida, la Verdad y el Amor. Finalmente ya no pudo creer en el pecado, y por eso preguntó: “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Juan 8:46). La edificación de la perfección del Principio había sido tan detallada y desde todo punto de vista, que la creencia de pecado había llegado a serle insignificante y trivial, porque dondequiera hallaba los tesoros de la presencia del Principio. Si nosotros vendemos fielmente (es decir, cambiamos) todas las

nociones, para aceptar el discurso del Principio acerca de sí mismo para nosotros, entonces disfrutaremos de las maravillosas explosiones fuera de la materia hacia la Mente, en aquello a lo que la Sra. Eddy se refiere como la Mente pura o la unicidad del Espíritu; y estas revelaciones, comenzando con momentos, se volverán finalmente el todo-en-todo para nosotros, como Jesús hallara por medio de su fidelidad, hasta que se volvió su única conciencia, la cual los hombres interpretaron como su ascensión. La ascensión es el tesoro final, en el cual el uso fiel de todos los símbolos para encontrar lo que están simbolizando, alcanza la conciencia, que es la experiencia y la expresión de eso que aquellos símbolos simbolizaban. Por tal tesoro resulta sabio vender toda esa falsa educación que nos han dicho que tenemos.

Si una conciencia llena con el bien no puede contener error y puede tener tal efecto dinámico como en el caso del Maestro, entonces qué sabio es si primero perfeccionamos nuestras herramientas del discernimiento de nuestro estudio, para luego comprender que siempre estamos caminando en el campo y que debemos comprar el campo, pues en él se hallan maravillosos tesoros.

El campo está ahí. Los tesoros están ahí. Siempre ha sido natural para el hombre, hallarlo y disfrutarlo. Por ello, cuanto más nos volvamos uno con el Principio de todo bien, tanto más incrementaremos nuestros hallazgos de tesoros, hasta que el bien se vuelva tan natural en nosotros, que lo encontremos en todos lados. Entonces la fuerza de nuestra convicción individual de la presencia del Principio disipará y dispersará cualquier testimonio opuesto proporcionado por los sentidos y sus mentiras, más rápido y decisivamente que antes. Es una actividad que “empieza con momentos y continúa con los años” (Misc 15:13).

Cada uno de nosotros tiene el derecho de completar el mundo en el cielo con todos los que ya están ahí, como lo hiciera Jesús, y sólo es cuestión de conciencia. Si esperamos por todos los hombres para probar que están en el cielo, no seremos capaces de verlo, porque nuestra conciencia no habrá cambiado y por ello no lo reconoceremos. Así que recordemos que podemos comprar el campo, el cual es el mundo. Al vender todas nuestras convicciones y teorías previas basadas en el razonamiento mortal, podremos comprar con la moneda del Principio, de la verdadera razón e inspiración, el campo de nuestra experiencia en el mundo, en el cual los tesoros de la Verdad esperan para que nos los apropiemos. Entonces podremos caminar en ese

campo hallando tesoros por doquier. Estos tesoros son las señales de la presencia del Principio en el carácter de la gente y las cosas, y en esta forma el Principio nos habla. No hay límite en el monto de este tesoro, y por medio de la práctica hallaremos que podemos cavar más y hallar más, hasta que en cierta medida alcancemos esa conciencia que tuvo Jesús de la omnipresencia del bien en todo y por medio de todo. Cuando caminemos en el campo como él lo hiciera, tales cosas como los lirios del campo y los gorriones, tendrán un mensaje vital para nosotros y los hombres y mujeres que encontremos, nos platicarán continuamente más acerca de la naturaleza de Dios de lo que antes supimos. Así que, ¿por qué no hacer lo que él hiciera?

En ocasiones al leer estas parábolas, uno pudiera encontrarse diciendo: *Ay sí, muy interesante; tiene puntos muy buenos;* y luego pensar: *Tendré que hacer algo al respecto algún día.* Un predicador negro dijo en una ocasión a su congregación, en la forma inimitable de tales predicadores: *Si ustedes, personas, supieran qué poco tiempo les queda para prepararse para el reino de los cielos, ¡jamás esperarían a que yo terminara este sermón!* “He aquí ahora el tiempo aceptable” (2ª. Cor. 6:2), dice Pablo. Y la Sra. Eddy escribió: “Ni el pasado ni el futuro nos pertenecen; sólo poseemos el *ahora*. Si el *ahora* que es seguro se pierde descuidadamente al hablar o al actuar, no vuelve más” (My 12:21). Se nos dice que el gran Maestro “se hizo a sí mismo el Hijo de Dios”, y debiéramos considerar que si el esfuerzo mental y la fidelidad fueron necesarios para él, entonces son necesarios para todos nosotros.

Citas semanales de la Lección proporcionadas por el *Instituto de Ciencia Mary Baker Eddy.*

Visite nuestro sitio web: <http://www.mbeinstitute.org/espanol/>

3350 N. Key Drive # B 313 North Fort Myers, FL 33903 USA Para mayor información llame al (239) 656-1951 (USA) ¡Damos la bienvenida a sus comentarios!